

La congregación

E. Murdock Blair



Capítulo 1

La congregación

Fue una tarde oscura de otoño cuando Margaret Thacker visitó al jefe de la congregación en su despacho, cercano a la iglesia. Había tomado la decisión cuando se enteró aquella mañana, por una amiga, que el festejo sería esa noche.

Había tomado la pistola 9 mm que su padre escondía en el armario de su cuarto y se había llenado los bolsillos de cartuchos de bala, metiendo el arma en sus ajustados jeans.

Abrió con violencia las puertas y caminó con decisión al escritorio, fulminando con la mirada al padre. Él le miró con ojos cansados, hundidos en las cuencas tanto que parecían pequeñas canicas brillantes. La miró y se atrevió a sonreír. Luego, exclamó; -¡Margo, hija!- ¿A caso vienes a aceptar la consigna de la fiesta?

Ella puso las manos en el escritorio y lo miró con ojos llenos de fuego.

-Vengo a pedirle que renuncie a ella, por las buenas- contestó mientras el arma se le apretaba contra las nalgas.

-Bien sabes que mi respuesta será no- dijo el viejillo con tranquilidad, mientras ordenaba unos papeles y los depositaba en el otro extremo del escritorio. Luego juntó sus huesudas y arrugadas manos como si fuera a orar. -Es la voluntad de Dios.

La sangre hirvió dentro de ella. Clavó las uñas en la madera del escritorio. Abrió la boca para hablar, pero él se le adelantó.

-Cuando fundamos el Divino Cordero, tu padre y yo, teníamos un noble propósito...- el viejo la miró a los ojos -Queríamos traer paz al mundo, una nueva forma de vida, un nuevo amanecer para la humanidad. Ya tantas religiones nos habían decepcionado, durante tanto tiempo... Tan banales, tan materialistas...- Margo notó que él sudaba y respiraba con dificultad. Temió que se le hubiera adelantado, pero el viejo se acomodó en su silla y continuó -El mundo, ¡Oh el mundo! Me enseñó tantas cosas todos estos años... Que por fin, un día, tuve la revelación, como si un ángel, como si el mismísimo Dios hubiera bajado de los cielos... Era tan bello...- movió las manos en un gesto efusivo, mirando hacia arriba -Que me di cuenta, Margo, me di cuenta, que nuestra misión, desde el principio, había sido... purificar, llevarlas, llevar tantas almas de la tierra al cielo.

-¡Por Dios, Nathaniel!- exclamó Margo, interrumpiéndole -¡Los niños! ¡Tú vas a hacer que envenenen a los niños!

-¡Ellos serán las más afortunados!- contestó él, como en una especie de éxtasis -¡No vivirán una vida de miseria, de dolor en la tierra! ¡De crueldad en el mundo! La tierra muere, se envenena, se llena de putrefacción y corrupción y oscuridad y decadencia ¡Yo puedo hacer que todos podamos llegar a un lugar mejor!

-No lo permitiré- movió la mano hacia atrás.

-Oh querida, pero yo no seré aquel que termine el trabajo. Serán ellos quienes tomen sus propias vidas, sus propias almas, que se liberen, que los padres tomen a sus hijos y a los abuelos.

-Los muertos no hablan- entonces deslizó la pistola. Apuntó a la cabeza

-Oh querida, querida, eso no servirá de nada... Tomar mi vida no cambiará las cosas, lo hecho hecho está.

-Si corto la cabeza de la serpiente...- susurró

-...aun muere- completó él, sonriendo con serenidad -¿Es que acaso no lo ves? ¿Es que acaso no lo escuchas? ¿O eres tan ciega, vez y no miras? ¿No los escuchaste, acaso, en la iglesia? ¿No los escuchas ahora, siquiera?

Margo abrió mucho los ojos. Las manos le temblaron tanto que apenas pudo sostener la pistola.

-No... No puede ser- susurró Margo mientras temblaba -Pero... Lucy dijo que...

-Lucy mintió, Margo. Sabía que te opondrías a mis planes. Sabía que encontrarías la manera de escapar de tu casa, y que vendrías, tal vez a matarme, así que hice que ella mintiera. Hice que ella se acercara a ti, como si fuera tu amiga, como si apoyara tus planes, pero ella siempre estuvo conmigo.

-Pero...

-Nada de peros, hija... Ya está sucediendo.

Cantaban, las personas cantaban. Entre gritos, entre alaridos. Entre llantos, las mujeres gritaban. Ella podía escuchar sus cuerpos rebotar contra el piso, caer unos sobre otros, amontonándose. El llanto de los

bebés asfixiándose, los alaridos agudos de los niños.

Margo apretó la pistola entre sus manos. El reverendo deslizó una mano hacia abajo del escritorio, mientras sonreía.

-¡Hijo de perra! Pagarás por lo que has hecho.

-No hija, no pasará- el viejo seguía sonriendo –Ellos me amaban Margo, me amaban- le miró a los ojos –Él te ama también.

Levantó la mano, empuñando una gran pistola. Margo dio un paso hacia atrás, por instinto. El arma casi se le resbala de las manos. Todo sucedió en cámara lenta. Ella imaginó con horror que él le dispararía, antes incluso de que ella reaccionara, antes de que ella usara la que tenía en las manos. Quedó paralizada, congelada su mente, como en una escena de una pintura surrealista, mientras los gritos llegaban como alaridos apagados y gemidos de torturas míticas. El sonido del disparo, le rompió los oídos, sin que pudiera sentir nada más que la atronadora explosión rebotando dentro de su cabeza. La sangre brotó como en una explosión escarlata. El olor a metálico le picó la nariz... la pólvora, la pólvora...

El reverendo sonreía, falto de sesos y lleno de sangre, sus ojillos brillaban apagados, nublosos, la pistola estaba en su mano rígida, doblaba el cuello, la túnica ahora roja, la piel pálida...